

Tómate más en serio

Juan 10,22-39

Si estuvieras en el banquillo, acusado de ser seguidor de Jesucristo, ¿habría evidencia suficiente para condenarte? Sería una experiencia muy interesante. ¿Qué evidencia presentaría? ¿Quiénes serían los testigos? ¿Qué dirían, y cómo aguantarían las preguntas del fiscal? ¿Cuál sería el resultado de ser condenado...de ser absuelto?

No tenemos que estar en un tribunal de verdad ante el fiscal para estar bajo juicio. Todos los días las personas en nuestro alrededor están evaluándonos, están juzgándonos. Y nosotros estamos haciendo lo mismo con los demás.

¿Qué opina la gente sobre nosotros? ¿Cómo nos tiene etiquetada? ¿De simpático? ¿De antipático? ¿De gracioso, o de pesado? Vamos más allá. ¿Es el mensaje que transmiten nuestras palabras y nuestros hechos coherente con nuestra identidad como hija o hijo de Dios? En otras palabras, ¿Detectan a Dios en nosotros los que nos están observando y juzgando cada día?

En el pasaje de hoy tenemos dos pasajes paralelos en que Jesús está siendo cuestionado por las autoridades religiosas, que el evangelio llama “los judíos”. No es un juicio formal en Juan, aunque Raymond Brown, uno de los mejores comentaristas de este evangelio, observa con razón que estos dos pasajes coinciden con los juicios formales en los sinópticos. Las cuestiones claves del juicio formal en los sinópticos aparecen aquí en un contexto más informal.

El tema central es la identidad de Jesús. En el primer pasaje, 10,22-30, quieren saber si Jesús es el Mesías, el Cristo. En el segundo pasaje, 10,31-39, se ofenden porque él afirma que es el Hijo de Dios (v.36). En el primer caso, preguntan si es el Mesías, y Jesús responde: *“Os lo he dicho, y no creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí”* (v.25).

Jesús se apoya en las obras más que en las afirmaciones. En realidad en todos los evangelios las declaraciones directas por Jesús mismo sobre su identidad son muy escasas. Él no anda por todas partes diciendo: “¡Yo soy el Mesías!” Son más bien sus enseñanzas, su trato con la gente, las sanidades y las liberaciones que dan testimonio de su identidad real.

Esto es totalmente contrario al mundo mediático en que vivimos, ¿verdad? En nuestra sociedad el énfasis está en las afirmaciones públicas y no en los hechos. Es una estrategia política común hoy de repetir una mentira con convicción y con mucha frecuencia hasta que se convierta en la verdad, por lo menos en la mente del público.

Hasta nosotros evangélicos estamos tentados con una estrategia parecida. Queremos montar una campaña publicitaria bonita, que en realidad no es coherente con lo que estamos haciendo semana tras semana. Por supuesto, la gente en la calle oye la disonancia y no se engaña.

Jesús ofrece sus obras como testimonio. Nuestras obras también son testimonio, y el jurado se compone de las personas que nos ven todos los días. ¿Qué dicen nuestras obras en cuanto a nuestra identidad?

Para Jesús su identidad está íntimamente vinculada con su relación con Dios Padre. Sostiene que las obras que hace no son suyas, sino que son de Dios Padre. “*El Padre y yo uno somos*”, afirma (v.30). Y más adelante declara: “*El Padre está en mí y yo en el Padre*” (38). Así que las obras que Jesús hace no corresponden a su propio programa de vida, sino que corresponden a un programa encomendado por otro, por el Padre. Por tanto, cuando la gente ve las obras de Jesús, está viendo a Dios en acción a través de él.

Todo esto nos parece bien. Aceptamos que Jesús es el Hijo de Dios, que tiene una relación única con Dios Padre. *Mis obras* no son las obras del Padre, así que no tengo la misma responsabilidad que Jesús tenía. No vivo mi vida conforme a un sentido de encomienda, y no me veo como un emisario divino. Jesús y el Padre son uno, pero esta relación es única y me deja fuera. ¡Así me libero de responsabilidad!

Pero espera un momento. En el evangelio de Juan Jesús nos incluye en esta relación. En la oración extendida en Juan 17 Jesús pide al Padre:

Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros (17,21).

Y más adelante: *Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno.* ²³ *Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado* (17,22-23).

La convivencia entre el Padre y el Hijo extiende a nosotros. Todos hemos recibido el Espíritu de Dios y estamos incorporados a la misión divina de gracia. Por tanto, lo que afirma Jesús de sí mismo en el pasaje, que sus obras son las obras del Padre, y que corresponden a una encomienda divina, también se aplica a nosotros. Nuestras obras dan fe de que somos hijas e hijos de Dios.

Raymond Brown dice que cuando Jesús afirma en v. 30 que “*Yo y el Padre uno somos*”, no está hablando ontológicamente, desde la perspectiva del evangelista. No está especulando sobre las relaciones de la Trinidad, sino que está expresando una unidad de operación y poder. Así que desde la perspectiva del evangelista el pasaje es más relevante. Como Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí mismo, Dios está en nosotros por el Espíritu Santo, continuando su obra de reconciliación.

Así que debemos tomarnos más en serio. No somos simplemente fulano de tal. Somos personas a través de quienes Dios está obrando, y nuestras obras dan testimonio de la presencia y la gracia de Dios en el mundo. Pero tened cuidado. Si la gente quería apedrear a Jesús por sus obras, no podemos esperar una respuesta diferente a nuestra fidelidad.

Marcos Abbott

Abril 2007